

el nacional de cámara y los premios

ES indudable que el Teatro Nacional de Cámara ha entrado en una nueva etapa. Fijar el auténtico alcance de su actual política es, todavía, imposible. Pero, en todo caso, el inmovilismo y la vejez del período anterior han cedido el paso a una actividad apoyada en tres planos fundamentales: 1) La cotidiana representación de "Proceso a la sombra de un burro", de Durrenmatt, por el Teatro Estudio de Madrid. 2) El Certamen Nacional de grupos no profesionales, con actuación en miércoles sucesivos. 3) Las tertulias teatrales de los sábados, con representación de breves escenas y discusión sobre su autor.

De estas diversas actividades, la que alcanza una mayor resonancia y significación es, sin duda, la representación de la obra de Durrenmatt. Fueron pocos los que no pensaron la noche del estreno que aquel era un éxito minoritario, sin más destino que el ámbito habitual de los teatros de cámara. Había en el planteamiento un tal abandono de lo que se estiman supuestos ineludibles del éxito —actores conocidos, obra de tema escandaloso, montaje caro, título directo—, que resultaba difícil imaginar la supervivencia de la obra en el cartel.

En su día, expresé, en estas mismas páginas, lo que me parecía admirable y dudoso en la representación. En última instancia, y con relación al nivel de representaciones madrileñas, el balance era positivo, y positivo es que la obra —sin los reclamos habituales— lleve semanas en cartel. El TEM —y sólo por eso es ya uno de los más interesantes protagonistas de nuestro teatro contemporáneo— ha destruido con su éxito una serie de asfixiantes "tabús" sobre los factores inamovibles del triunfo.

Naturalmente, un título no puede alterar sensiblemente una pauta, aunque la ponga en tela de juicio. Probablemente los empresarios al viejo estilo se habrán hecho ya sus composiciones de lugar para explicar este éxito sin mengua alguna de sus teorías. También sé que en algún círculo de viejos profesionales, la presencia del TEM es considerada como un pasajero snobismo, condenado teatralmente a muerte por falta de experiencia en pensiones de segunda y vagones de tercera.

El problema está, me parece, en ver hasta dónde puede ser el Teatro Nacional de Cámara el catalizador de una serie de movimientos y necesidades teatrales. Que no pueda serlo de todos, resulta claro y por obvias razones. Que pueda serlo de bastantes, me parece igualmente dudoso. El éxito estará, pues, en función de la mayor o menor "representatividad" que alcance su labor. En la mayor o menor carga de "necesidad" que sustenta sus representaciones.

El éxito de "Proceso a la sombra de un burro" nace de ahí. Se han rechazado las fórmulas sacralizadas de nuestro rutinarismo profesional con tal dosis de radicalidad, que el espectáculo se ha impuesto como una rebelión que "hacia falta". Importa relativamente poco que, desde ángulos rigurosos, la obra de Durrenmatt y algún aspecto del, en general, excelente trabajo del TEM, ofrezca algunas dudas. En el plano del espectador medio, el antagonismo, la diferencia, entre la representación de "Proceso a la sombra de un burro" y de una comedia de Alfonso Paso, por citar un autor tipo, es evidente.

Quizá, en un examen funcional de las necesidades más perentorias a cubrir por el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo, el primer problema que salta a la mesa es el de los "noveles". Las casi siempre desdichadas experiencias que, en este sentido, se realizaron durante la etapa anterior, y, por otra parte, la irrenunciabilidad del empeño, obligan a buscar la salida por nuevos caminos, aparte, claro, de revisar la mecánica y la composición del Comité de Lectura Permanente que existe en la actualidad.

Pienso si no sería posible, y perfectamente armonizado con la línea de descentralización que ha empezado —al fin— a seguirse, ceder el escenario del Beatriz a las obras premiadas en los concursos teatrales de más interés. Sabido es lo poco que significan la entrega de una cantidad consoladora al autor de una obra condenada a morir irrepresentada. Una relación entre los grandes premios españoles y el Teatro Nacional de Cámara sería positiva. No iba, por sí sola, a resolver el "problema", pero, si quiera, se vigorizaría uno de los cauces tradicionales —los concursos— de acceso a la profesión. Tradicionales y, por lo común, inoperantes.

La inutilidad de los concursos nace de la obligada mediocridad de muchas de las obras premiadas que son, sin embargo, las mejores, y, especialmente, de la disparidad entre los criterios de la mayor parte de los jurados y los criterios tradicionales de público y empresarios. En un teatro como el nuestro, gobernado por fórmulas, resulta que no hay una sola que vaya a favor del novel. Difícilmente un jurado independiente y abierto seleccionará una obra que pueda entusiasmar a nuestro público de siempre. Quizá, por otra parte, ese tipo de obras no se mandan jamás a un concurso. Pero ¿no ha ratificado "Proceso a la sombra de un burro" que el público cotidiano puede ampliarse a zonas de criterio más inteligente? ¿No ha de ser el Nacional de Cámara una experimentación que mire por igual hacia la renovación de la escena que hacia la renovación de las plateas?

Ahí están los grandes premios teatrales españoles. Es cosa de suscribir un compromiso. No saltará grupo que quiera presentar las obras premiadas en el Beatriz. Ni autor que no salga beneficiado de la experiencia. Llegar al Nacional de Cámara a través de los concursos serios, parece uno de los medios más objetivos y justos para que cumpla el Estado sus obligaciones, en relación con el incipiente autor de talento.



DESENGRASANTE ABRILLANTADOR

"LIMPIA MEJOR"

Baterías de cocina
Cubiertos - Baldosas
Bañeras - Lavabos
Superficies esmaltadas

DE LA NUEVA SERIE DE PRODUCTOS
PARA LA LIMPIEZA DE SU HOGAR

LAGARTO

100 AÑOS DE PRESTIGIO

